



CAPITULO XXXIX.

Cómo se ganan las Presidencias.

ADELA Rincón, la hija de don Alejo Rincón, no era completamente hermosa en la extensión que tiene la palabra; pero era graciosa, agradable al oír la hablar por su timbre de voz cadencioso, tenía unos ojos garzos muy expresivos, bonitos dientes, y sobre todo, un soberbio cuerpo que medía más de siete cuartas con leve cintura y anchas caderas, que era lo que más encantaba al abogado Domingo Benavides, hombre práctico y positivista.

Adela Rincón, además, no era una muchacha adocenada, sino que había recibido una regular educación y había cultivado las relaciones de personas distinguidas, por cuya razón conocía el trato social y solía ser notada por sus felices ocurrencias. No era una joven muy instrui-

da, ni de talento colosal, pero tenía las perspicacias y las circunstancias que reúnen en lo general las personas cuidadosamente educadas. Había tenido buenos maestros y había sabido aprovechar las lecciones con aplicación.

Mientras ella pasaba algo de los veinte años, su novio el abogado había llegado á los treinta.

No necesitamos detenernos en las particularidades del noviazgo. El señor Rincón había tenido algunos asuntos litigiosos; le había sacado de ellos con buen éxito el letrado y de allí intimaron relaciones que se habían ido estrechando de tal modo entre las dos familias, que casi se consideraban como una sola, sin que ninguna de las dos hiciera nada sin que la otra lo supiera, marchando las dos y enteniéndose al unísono hasta en algunas particularidades que fueran muy propias de alguna de ellas. Habiendo tal intimidad, siendo Benavides joven, de buena presencia y de talento, y Adela guapa y llena de atractivos tenía que suceder, y sucedió, que á fuerza de verse se quisieron y á fuerza de quererse se entendieron, sin que de pronto hubiera para ello ninguna dificultad: sólo cuando las opiniones de partido empezaron á ser exaltadas, cuando el otro Rincón y su mujer, que eran muy clericales, empezaron á observar que Benavides simpatizaba con los liberales, empezó también éste á caer de su gracia y le fueron hostiles. De pronto, con indirectas algo inofensivas, con trabajos muy velados en el seno de la familia de don Alejo, con algunas palabras de doble intención que dejaban caer como al descuido en los oídos de la joven; pero ya al observar que el noviazgo iba tomando un aspecto formal, la oposición se volvió más acentuada, y de las escaramuzas, se pasaron á verdaderas batallas como la siguiente:

Un día del mes de Mayo de 1860, que era precisa-

mente cuando el bando conservador estaba más apurado porque no sabía ya de dónde sacar dinero, ni cómo componérselas con tantas partidas de liberales más ó menos numerosas que surgían por todas partes, y cuando la retirada inoportuna de Veracruz había hecho cundir el desconcierto, Benavides se había permitido soltar esta frase en presencia de todas las personas de la casa reunidas en la sala de Rincón el comerciante:

—Pues ahora sí el clero no sigue aflojando los cordones de la bolsa, lo mejor que pueden hacer Miramón y los suyos es retirarse, una vez que no pueden con la situación. El país les agradecería mucho que le devolvieran su tranquilidad.

Por supuesto hubo enérgicas protestas de parte de Amparo y Néstor Rincón; y Benavides, lo que consideró más prudente, fué retirarse con sus hermanas, fingiendo cualquier pretexto, para evitar una discusión desagradable.

Pero de esta retirada se aprovecharon luego Néstor y Amparo. El primero dijo:

—Este abogadillo no considera que yo formo parte de la administración.

—¡Tiene una lengua! exclamó la segunda.

Adela salió á su defensa diciendo:

—Domingo no hace más que repetir lo que dice todo el mundo en México. No hay quien no crea que la guerra que se está haciendo al gobierno legítimo de Juárez, es una guerra absurda.

—¡Vamos! ¡vamos! interrumpió doña Refugio queriendo apaciguar los ánimos.

—Lo que yo veo con dolor, dijo doña Amparo, es

que el abogado está infiltrando sus ideas perniciosas á esta criatura.

—Francamente, continuó diciendo Néstor, la presencia tan frecuente aquí de Benavides, es muy perjudicial.

—¡Oh! es mi abogado, y además es mi amigo íntimo, dijo el comerciante.

—Dios quiera que no te hayas echado una víbora en el seno, exclamó Amparo.

—¿Por qué?

—Porque nadie de nosotros es ciego para no comprender que Benavides es novio de Adela, y ¡qué desgracia que se fuera á introducir en nuestra familia! exclamó doña Amparo con chocante vehemencia.

—Pues de hecho está introducido en nuestra familia, contestó con calma don Alejo, una vez que ve ésta como su casa.

—Como amigo es una cosa, pero como marido de Adela es otra cosa muy diferente. Las cosas claras: á mí no me gusta Benavides para Adela porque es irreligioso, porque es liberal.

—Hasta hoy, que yo sepa, vive independiente de la política, tornó á contestar don Alejo.

—¿Pero no lo oyen hablar? ¿No estuvo aquí hace poco vociferando contra Miramón y su partido?

—No ha vociferado, ha emitido una sencilla opinión.

—¡Ah! pues si lo defiendes, quiere decir que estás por el haro.

—No estoy por el haro, soy justo.

—¿Pero qué haces si te pide la mano de Adela? le preguntó su hermano.

—No sé. . . . si ella quiere. . . . Domingo es un hombre honrado, es trabajador, tiene una posición. . . .

—Pero sus ideas difieren de las nuestras.

—Yo no tengo ideas. . . . yo reniego de todos los que luchan, porque con la guerra perjudican mis intereses.

Como Adela tomó el partido de salirse luego que vió la cuestión tan empeñada, Amparo se aprovechó para decir:

—Ya que la sobrina no está presente, tengo que manifestarte que Néstor y yo consideramos como una inmensa desgracia que ella se esté impresionando con el abogado, y opinamos porque se ponga algún remedio á ese mal, ahora que todavía es tiempo.

—Sí, continuó diciendo Néstor, ¿qué dirían todas nuestras relaciones en México cuando vieran que Adela se casaba con un descamisado? ¿quién concurriría á la boda?

Alejo Rincón y su mujer se quedaron un momento pensativos, hasta que ésta última dijo:

—No hay nada serio todavía, y aun dudo de que Benavides se haya declarado; pero ofrecemos á ustedes meditar en lo que han dicho, y tomar las providencias que el caso exija.

Ante aquella promesa Néstor y Amparo se despidieron, y se fueron á su casa muy satisfechos de la bomba que habían hecho extallar en la sala del comerciante.

Los hechos vinieron á confirmar las opiniones que apenas había exbosado Domingo Benavides en la pequeña reunión, pues al día siguiente aparecieron unos carteles en las esquinas, en que se leía con estupor por el público una especie de decreto de Zuloaga, declarando que volvía á tomar á su cargo la Presidencia.

—¡Cómo! decían los montones de curiosos que se estacionaban en las esquinas ante aquel impreso, pues ¿y Miramón?

—¿No ven ustedes? Es destituido del cargo.

—Ahora tendremos dos Presidentes.

—Miramón era el que debía dar el decreto llamando á Zuloaga.

—Pero es que Zuloaga reasume su soberanía.

—Yo no entiendo esto.

—Ni yo tampoco.

Ni nadie podía entender lo que pasaba, porque si Miramón quería que Zuloaga fuera el Presidente, ¿por qué no lo decía? y si Zuloaga obraba por su cuenta, era necesario suponerlo loco, una vez que no tenía de su parte ni la fuerza ni la opinión.

Cuando llegó á Palacio aquella inesperada noticia, el mismo Miramón dijo al que se la comunicó:

—No lo creo.

Fué necesario que le llevaran uno de aquellos impresos para que se convenciera.

Entonces, fuera de sí, pidió su kepí y su espada, y sin permitir que nadie lo acompañara, se dirigió á la casa de Zuloaga, dando sólo estas órdenes á sus ayudantes al bajando las escaleras:

—¡Que se forme toda la guarnición en el Paseo para pasarle revista!

Zuloaga estaba en su casa rodeado de varios amigos, quienes al ver á Miramón trataron de escurrirse ó de procurar que se abriera la tierra para que se los tragara.

—Quietos, señores, les dijo Miramón, sólo vengo á invitar al general Zuloaga para que me acompañe á pasar revista á las tropas.

—En ese caso, dijo el general Mora, nosotros podemos retirarnos.

—Los que tengan caballo listo pueden acompañarnos también, contestó Miramón.

Y luego, dirigiéndose á Zuloaga, le dijo con sorna:

—Señor Presidente, mande usted ensillar luego, pero inmediatamente, para que se venga conmigo.

—¿A dónde? preguntó Zuloaga casi sin aliento.

—Ya lo dije: á pasar revista á las tropas de su Exce-
lencia.

Zuloaga dijo al ayudante que mandara ensillar los caballos, é invitó á Miramón á que se sentara y le preguntó si quería tomar alguna cosa.

—No tomo nada, contestó Miramón, porque ya me desayuné, ni tampoco me siento.

Y empezó á dar vueltas frenéticamente por la sala.

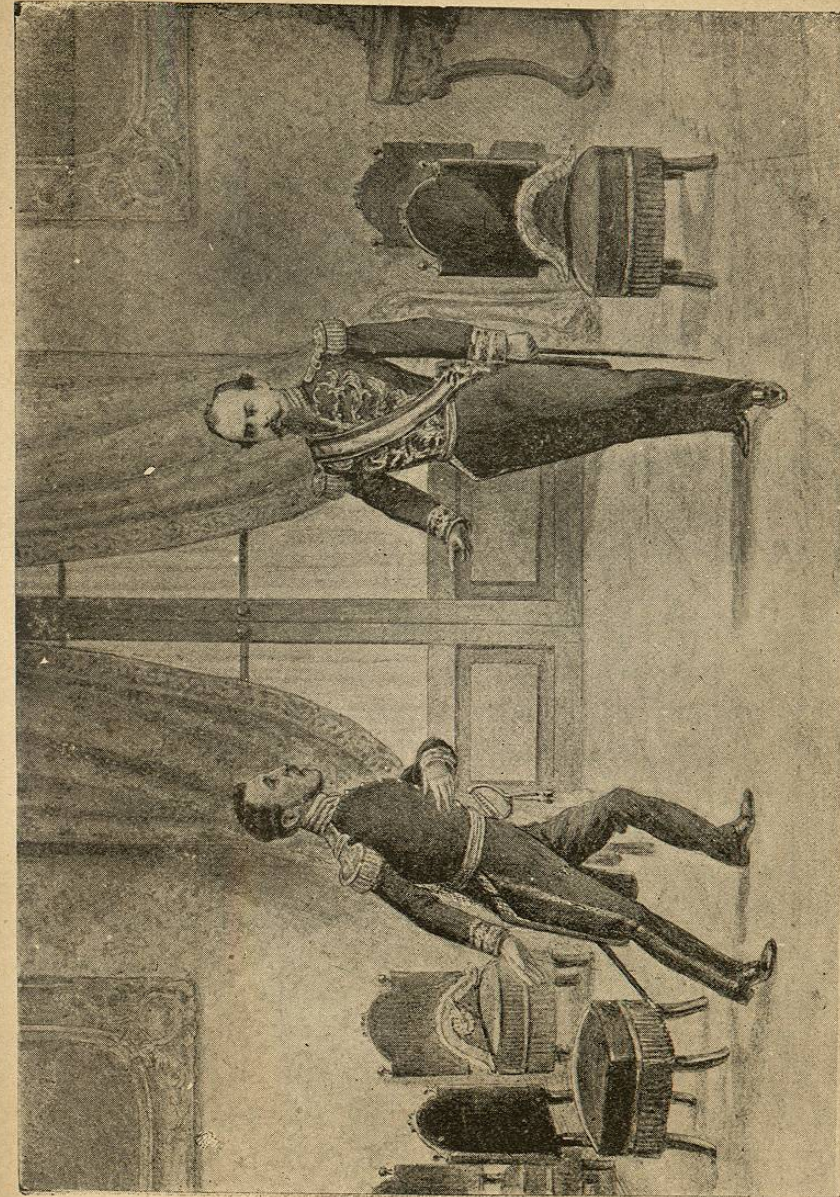
Algunos jefes hicieron ademán de querer despedirse.

—Nadie se mueva, les gritó casi Miramón, quiero que se sepa por todo el mundo que he estado aquí en el foco de la misma conspiración sin tener miedo.

—Aquí no hay conspiración ninguna, señor general Miramón, murmuró Zuloaga, aquí todos somos amigos y correligionarios.

—Bueno, bueno. Diga usted que ensillen aprisa, y á ver si puede usted proporcionar caballos á todos estos señores.

De los ocho ó diez que estaban allí, sólo tres estuvieron listos y más dos ayudantes de Zuloaga. Como en tanto había llegado el Estado Mayor de Miramón, más de veinte personas juntas se dirigieron en tropel al Paseo, en donde estaban ya formándose los ocho mil hombres de la guarnición.



—Mande usted ensillar luego..... pero inmediatamente para que se venga conmigo.

Todos los jefes se acercaron á hacer honores militares á Miramón, sin fijarse casi en Zuloaga, que iba formando parte de su acompañamiento.

Luego que comenzó la revista, dijo Miramón en voz alta á Zuloaga en presencia de un gran número de personas, para que fuera mayor la humillación:

—¿Ve usted todas estas tropas, general Zuloaga? Pues con estas tropas mías, que las he formado con grandes esfuerzos, con éstas tropas mías, repito, voy á enseñar á usted cómo se ganan las Presidencias.

El ex-Presidente quiso dar algunas explicaciones sobre su conducta: deseaba manifestar que aquel aviso imprudente había sido inspirado, más bien exigido por los partidarios impacientes, quienes le habían hecho creer que Miramón se alegraría de soltar aquella carga tan pesada.

Pero éste le cortó la palabra volviendo á repetirle:

—Con estas tropas voy á enseñar á usted cómo se ganan las Presidencias.

Y después de la revista le significó que quedaba á su lado como su prisionero, como incrustado en su Estado Mayor, aunque sin ningún cargo militar: un *attaché*, ó discípulo, ó cualquier cosa, sin otra obligación que la de no separársele.

Por de pronto, los oficiales que presenciaron la escena, sólo dejaron oír algunos murmullos de sorpresa; pero cuando estuvieron libres de la presencia de los dos Presidentes, se rieron á carcajadas, principalmente recordando la cara que había puesto el pobre hombre Zuloaga.

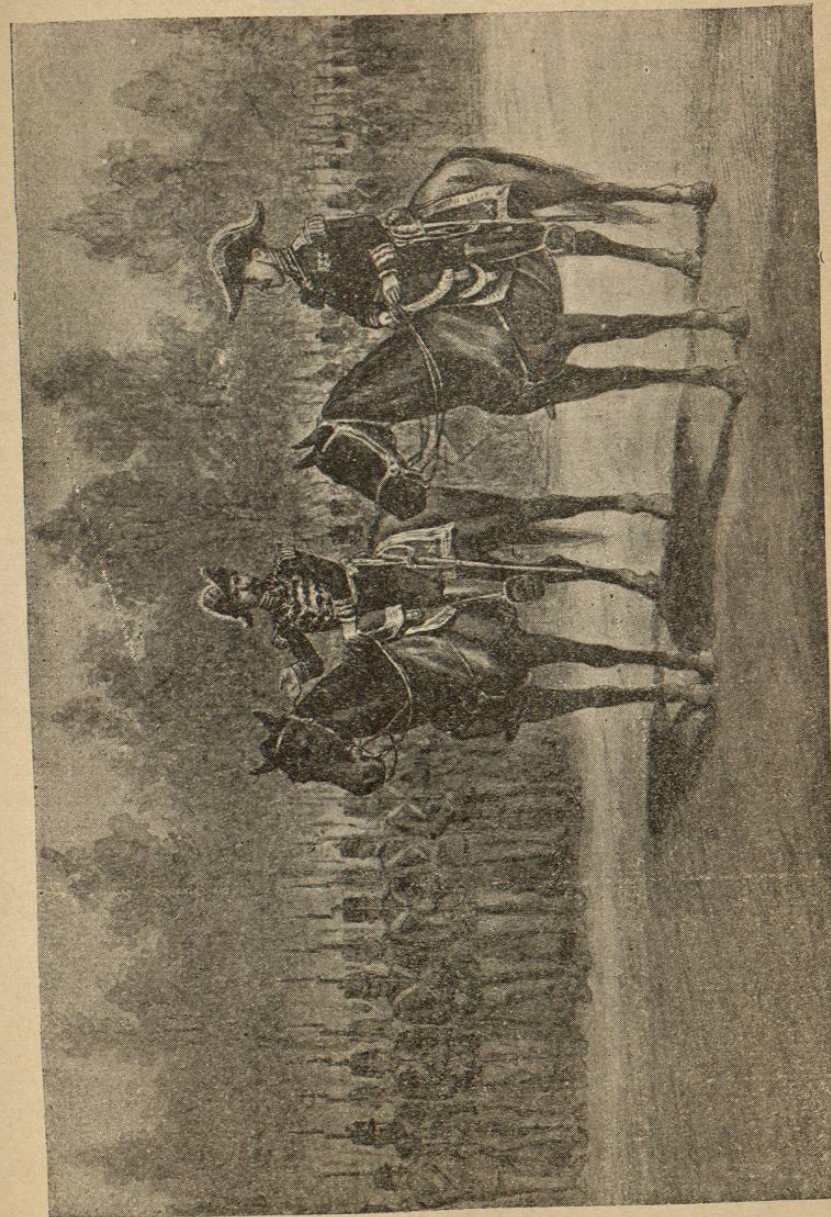
Las tropas, después de la revista, se pusieron en marcha para el Interior; pero los dos Presidentes sólo debían partir con su acompañamiento después de la siesta, por cuyo motivo el pobre Zuloaga tuvo aún que

sufrir una nueva humillación. En vez de comer en la mesa del general Miramón, comió con sus ayudantes, es decir, ni siquiera comió, pues en aquella vez con lo que le había pasado, no tenía ningún apetito.

Los caudillos del retroceso salieron, pues, de la Capital aquella tarde, y mientras se hacían comentarios allí, y los diplomáticos se reunían para convenir en que no había gobierno con quien entenderse, los primeros hacían sus jornadas tranquilamente, estableciéndose por fin con un numeroso ejército en Irapuato, para acudir sin demora á donde los llamaran los acontecimientos.

Por aquellas fechas ya los liberales que continuaban moviéndose con una actividad vertiginosa, habían formado tres centros de fuerza, á cual más considerable: uno al mando de Uraga, que maniobraba en el Bajío, y era el que se encontraba más inmediato á Miramón; otro al mando de González Ortega, que se extendía de Zacatecas á Durango, y otro en el Sur de Jalisco al mando del general Ogazón, que estaba aproximándose muy amenazador á la ciudad de Guadalajara.

Ninguno de los tres estaba en condiciones de cruzar las armas con Miramón, que llevaba consigo las mejores tropas y la mejor artillería con que contaba la reacción; pero unidos, era probable que lo hubieran derrotado. La dificultad estaba en que pudieran verificar tal reunión, no tanto porque se opusiera á ella el enemigo, que por lo general estaba en poco número encerrado en las poblaciones, cuanto porque no había aún ninguno entre ellos que fuera reconocido como general en jefe. Así fué como Uraga, en vez de llamar á González Ortega para librar batalla en cualquier punto del Bajío, se dirigió á marchas forzadas para Guadalajara, con el propósito loco, según



Miramón enseñando á Zuloaga á ganar las Presidencias.

unos, de atacar una ciudad fortificada, que no podría tomar en veinticuatro horas, puesto que Miramón marchaba atrás de él para auxiliarla, y según otros, como una maniobra hábil y atrevida que, lograda en todas sus partes, daría al traste de un solo golpe con la reacción.

El hecho fué que Uraga, no obstante que fué ayudado eficazmente por Ogazón, fracasó en Guadalajara, no sólo por haber sido rechazados sus ataques por los mil quinientos hombres que mandaba Woll, sino por haber caído herido y prisionero.

Los liberales entonces no tuvieron otro recurso que retirarse á gran prisa para las escabrosidades del Sur.

Entonces, cuando Miramón alistó sus tropas para emprender la ya tantas veces conocida y llevada á buen término campaña del Sur, fué cuando volvió á decir á Zuolaga:

—Ahora, ahora es cuando va usted á aprender cómo se ganan las Presidencias.

